

UN INTENTO DE REACTIVACION ECONOMICA EN EL QUITO DEL SIGLO XVIII. LA FABRICA DE LOZA FINA¹.

Jesús Paniagua Pérez.
Universidad de León.

Quito estaba aquejada a finales del siglo XVIII, como pocas ciudades de América, de una profunda crisis que se venía arrastrando desde los inicios de la centuria. Las causas de aquella situación eran múltiples y nada hacía prever su solución en aquel momento. Sin embargo, hubo intentos reactivadores para sacar aquellos territorios de tan profunda depresión y uno de ellos, sin duda el más ambicioso, es el que hoy presentamos en este trabajo.

El proyecto estaba llamado al fracaso, pues se salía de los modelos borbónicos ilustrados, que trataban de convertir a las colonias en exportadoras de materias primas, mientras que la metrópoli debía ser la proveedora de manufacturas. La reactivación borbónica, de nuevo, iba a mostrar en América su verdadero rostro a la hora de promocionar y proteger nuevos centros productivos. Y, aunque será obligado en ocasiones hablar de la problemática comercial entre España y sus colonias ultramarinas, no vamos a detenernos demasiado en este hecho para explicar toda la serie de medidas que surgieron a partir de 1765 y que culminaron en el decreto de libre comercio de 1778.

La documentación para este trabajo ha sido consultada en el Archivo General de Indias. Afortunadamente toda ella se halla agrupada en un mismo legajo y reunida en dos bloques². En uno de ellos se recogen todos los expedientes³ y en otro se hace un resumen de los mismos. No hemos encontrado ninguna noticia más sobre la fábrica quiteña en otros legajos, aunque sí algunas noticias sobre los hombres que trataron de promocionarla. Por tanto, para evitar continuas referencias a esta documentación obviaremos de nuevo su cita aclarando que los datos precisos sobre la fábrica, si no se indica otra procedencia, han salido de la mencionada documentación.

LOS FUNDADORES DE LA FABRICA DE LOZA⁴.

Nos parece de interés comenzar por conocer algo sobre los dos hombres que iniciaron el ambicioso proyecto de la fábrica de loza de Quito, a los que continuamente habrá que hacer referencia en este estudio. Se trata de Salvador Sánchez Pareja y Manuel Díez de la Peña.

¹ Utilizaremos generalmente la denominación de "loza", aunque en realidad era algo más depurado muy cercano a la porcelana tierna. Y, de hecho, los inventores de la misma estaban convencidos de que era algo muy semejante, de ahí que la comparasen con las porcelanas europeas y dijese que en América no existía ninguna otra.

² Archivo General de Indias, Quito 377, sin foliar en el original.

³ *Ibidem*. Comprende: "Informe del virrey de Santa Fe de 15 de febrero de 1774"; "Extracto de los antecedentes de la fábrica de 30 de abril de 1778"; "Súplica de Manuel Díaz de la Peña de 18 de abril de 1777"; "Informe del Cabildo de Quito de 12 de abril de 1777"; "Nombramiento de administrador de la renta de tabaco de Manuel Díaz de la Peña de 5 de diciembre de 1772"; "Carta del presidente Diguja de 7 de octubre de 1775"; "Carta de León y Pizarro acusando recibo de la carta del rey para que auxilie a la fábrica de 19 de diciembre de 1778"; "Extracto de los antecedentes de la fábrica por Salvador Sánchez Pareja de 30 de octubre de 1776"; "Méritos de Salvador Sánchez Pareja de 30 de octubre de 1776"; "Informe sobre la fábrica del guardián de la Recoleta de San Diego de 12 de octubre de 1776"; informe de Diguja al rey sobre los progresos de la fábrica de 16 de abril de 1777; "Acuse de recibo de la loza enviada a España de 16 de abril de 1777"; "Relación de las piezas enviadas a España"; "Método para ejecutar las piezas del 27 de noviembre de 1776"; Relación impresa de méritos de Manuel Díaz de la Peña de 26 de junio de 1770".

⁴ Esta información se ha obtenido de manera muy especial de las relaciones de méritos de ambos promotores. Archivo General de Indias, Quito, 377.

Afortunadamente, debido a las relaciones de méritos que se incluyen en la documentación, conocemos algunos rasgos de los quehaceres de estos promotores de la fábrica tanto en España como en las Indias, lo que nos ayuda a tener una idea de su actitud emprendedora en unos momentos tan críticos de la situación económica de Quito, como lo fueron las últimas décadas del siglo XVIII, aunque la crisis hubiese que retrasarla ya hasta finales del siglo XVII.

Salvador Sánchez Pareja era natural de la ciudad de Cádiz; fueron sus padres Salvador Sánchez Osorio e Isabel Fernández de la Somera. La vida de este hombre en la Península se prolongó muy poco tiempo, pues cuando contaba tan sólo con 13 años pasó a Indias en el séquito del virrey de Santa Fe, Juan Alfonso Pizarro, marqués del Villar (1749-1753), que le destinó por su oficial de la Secretaría de Estado. En ese mismo cargo continuaría con el virrey José Manuel de Solís y Folch de Cardona (1753-1761), el cual, el 26 de septiembre de 1760, le nombró guardacuchos de la Real Casa de Moneda, situación que mantuvo momentáneamente con el virrey Pedro Messía de la Cerda (1761-1772), el cual le nombraría en el mismo año de su llegada, el 3 de diciembre, oficial real interino de aquellas Cajas; en esa misma fecha también recibió el nombramiento de contador general de bienes de difuntos. De su actividad en Nueva Granada como tal oficial real se le hicieron cargos por el tribunal de cuentas de Santa Fe cuando ya estaba radicado en Quito, por lo que hubo de guardar cárcel en la propia fábrica de loza de su fundación.

Pasó posteriormente a Quito y en aquella ciudad le tocó informar al virrey, en 1765, de la sublevación en la capital de la Audiencia. Su labor en la ciudad del Pichincha debió ser muy estimada, pues fue nombrado contador del Tribunal de Cruzada del obispado por el tesorero del mismo, don Antonio Viteri y Orozco. Además de esos oficios gozó también de otros de carácter militar que compatibilizó con su actividad en la administración, como fueron los de capitán de infantería de Quito y comisario de guerra en las guarniciones de la tropa de D. Carlos Fábrega, capitán del segundo batallón y quinta compañía del Regimiento de Infantería de Murcia, amén de otros cargos también militares. No acabaría con lo mencionado su ascenso en la administración, puesto que, el 5 de diciembre de 1772, el presidente de la Real Audiencia de Quito y su gran benefactor, don José Diguja (1767-1778), le nombró interventor del ramo de tabaco, cuando ya estaba empeñado en sus quehaceres con la fábrica de loza y, probablemente, para ayudarle en los múltiples gastos que generaba su proyecto.

Los contactos con el mundo americano de este hombre tenían claros antecedentes familiares. Su tío paterno, Manuel Sánchez Osorio, había sido corregidor de Tocayma y Mariquita para pasar luego a ejercer el mismo empleo en Quito. Otro tío suyo, Eusebio Sánchez Pareja, había sido oidor honorario en Santo Domingo, teniente de gobernador y auditor de la gente de guerra en Cartagena y, en los momentos en que el sobrino intentaba sacar adelante la fábrica de loza, era oidor de la Audiencia de Guadalajara. Otro de sus tíos paternos, Gregorio Sánchez Pareja, había sido también corregidor de Pasto. Por tanto, parece que en su familia había habido una cierta tendencia a las relaciones con el virreinato de Nueva Granada, por lo que no es de extrañar que nuestro hombre pasase a aquellos territorio en el séquito de uno de sus virreyes, como ya mencionamos.

El otro hombre que nos interesa es Manuel Díez de la Peña. Había nacido en España, como él mismo asegura, y no en Quito, como nos dice el P. Vargas⁵. Era hijo de Manuel de la Peña y López y de María Antonia Díez Arias. Su primer trabajo en la administración lo tuvo en la Península, en la Contaduría Mayor del Tribunal de Cuentas de la Corte (1735-1738), donde, en el momento en que se hallaba empeñado en la ampliación de la fábrica de loza, estaba de contador su hermano Francisco de la Peña. Pasó a Indias y fue apoderado del batallón de la plaza de Cartagena para recaudar el situado de Santa Fe, de lo que se le quedaron a deber 508 pesos, un real y 16 maravedís, cantidad que cedió a favor de la real

⁵ VARGAS, José María, Museo Jacinto Jijón Caamaño y el patrimonio artístico, Universidad Católica, Quito, 1978, p. 79. Es una probabilidad que hubiese nacido en la localidad cordobesa de Peñalosa, puesto que cuando solicitó la concesión de un título nobiliario pidió que llevase el nombre de ese lugar o el de aquél donde se asentaba la fábrica en la ciudad de Quito, que era el de "Bellavista".

hacienda. El virrey Sebastián de Eslava le nombró corregidor interino de Ibarra, donde tomó residencia a su antecesor y donde destacó por su atención a los asuntos de la justicia, los abastos y todo aquello que conducía al bienestar público, sobre todo los caminos, de ahí que mandase abrir la vía entre la villa de Ibarra y la región de Esmeraldas, camino que sólo fue transitable a pie⁶. El 4 de noviembre de 1753 el presidente de Quito le nombró alcalde interino de aquella ciudad, porque los que allí ejercían se hallaban suspendidos en su oficio por estarseles siguiendo residencia. Su destacada labor hizo que, en 1754, se le diera la plaza en propiedad, ocupándose desde entonces de manera muy especial de la seguridad y de la atención pública; así, continuó las obras del puente de Jerusalén, por el que entraban los abastos de la ciudad, mandando hacer su cimentación en cal y piedra, para lo que gastó, incluso, de su propio caudal. Su celo le valió que el Cabildo le nombrase en 1755 alcalde de la Hermandad. Viendo su gran competencia, el virrey y el presidente le nombraron alcalde mayor de minas, aplicándose desde entonces en el cobro de los quintos, llegando a pretender, incluso, la tesorería de Cuenca, que había obtenido también interinamente, lo mismo que Juan Pérez de Vargas. Pero para entonces la fábrica de loza ya estaba en funcionamiento y el virrey, por el bien del nuevo proyecto, solicitó al monarca que, aunque se le diese tal tesorería, no se le hiciese salir de Quito, puesto que ya había arriesgado su capital. Sin embargo, no le encontramos nunca firmando los libros de las Cajas Reales de la actual capital del Azuay⁷.

Este hombre, que tuvo una labor tan destacada, contrajo matrimonio en Quito, en 1750, con Juana Manuela Maldonado, hija de don Pedro Vicente Maldonado, aquel ilustre hombre que proyectó abrir a su costa el camino Quito-Esmeraldas y al que se dio el gobierno de ese último lugar por dos vidas. El gran proyecto de comunicación no pudo Maldonado llevarlo a efecto, porque murió en Londres en 1749. En compensación, en 1755, se concedió a su yerno, Manuel Díez de la Peña, el corregimiento de Ibarra por cinco años; tomó posesión del mismo en 1758 y entonces trató de reducir a algunos indios de aquella jurisdicción que en la centuria anterior se habían retirado de Pimampiro y otros pueblos aledaños; para tal fin utilizó frailes franciscanos y otros sujetos que habilitó a su costa. La política indigenista gastó una buena parte de sus esfuerzos al frente de aquel corregimiento, pues, además de lo mencionado, se ocupó de que se pagara a los indios lo que sus amos no les abonaban y nombró a Pedro Asensio Guachag, al que sus tierras las habían sido ocupadas por los blancos sin derecho alguno, como cacique de Punichuiquín. Facilitó y alentó las obras públicas, como era tradicional en todos los lugares donde este hombre ocupó un cargo; sosegó con prudencia la sublevación de la villa de Ibarra por el Estanco del Aguardiente y Real Alcabala, que duró allí desde el 30 de mayo hasta el 5 de junio de 1765, informando el 22 de agosto de ese mismo año de la quietud en la que se hallaban sus territorios⁸, a lo que el virrey le contestó con la aprobación de la forma en que lo había conseguido; tuvo además preparados 100 hombres para acudir en ayuda del gobernador de Guayaquil, Antonio de Zelaya, para cuando éste subiese a sosegar Quito, todo lo cual ofertó al virrey, que aceptó su disposición. También, debido a sus méritos y las recomendaciones de todos los organismos del Virreinato y de la Audiencia, se le había nombrado en 1763 corregidor de Otavalo. Compartía, pues, los corregimientos de Otavalo y de Ibarra cuando le tocó vivir la expulsión de los jesuitas y a él se le encargó hacer el inventario de las haciendas expropiadas a los regulares en el distrito de

⁶ MONTUFAR, Juan Pío, Razón sobre el estado y gobernación política y militar de las provincias, ciudades, villas y lugares que comprende la jurisdicción de la Real Audiencia de Quito, en PONCE LEIVA, Pilar, Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX) II, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1992, p. 350.

⁷ Archivo Nacional Histórico de Cuenca, Gobierno-Hacienda, "Libros contadores de las Cajas Reales de Cuenca".

⁸ Archivo General de Indias, Quito 399, ff. 113-114.

los corregimientos bajo su control⁹.

El 5 de diciembre de 1772 se le nombró administrador general del estanco de tabaco, ello fue debido al acierto con el que había servido los corregimiento de Ibarra y Otavalo, otorgándole además un sueldo de 1200 pesos anuales asignados en el producto de la misma renta, cantidad que se le comenzó a pagar desde 1773.

Tanto Sánchez Pareja como Díez de la Peña se consideraban hombres de ennoblecida cuna y pretendieron, sin conseguirlo, títulos que garantizasen su prosapia. El primero, como otros muchos hombres de las Indias, pidió un hábito de Orden Militar, mientras que el segundo aspiraba a un título de Castilla para sí y sus sucesores, con denominación de marqués o conde de Buenavista o de Peñalosa y añadiendo a tal honor el corregimiento de la ciudad de Quito. Con ello se advierte que también en aquellas latitudes el probable éxito en los negocios era un buen camino para el ennoblecimiento y la ocupación de cargos públicos, probablemente, porque como ocurría en otros lugares del mundo hispánico, "el nuevo tipo social del fabricante encontraba dificultades para hacerse aceptar socialmente"¹⁰.

LA FUNDACION Y LAS CAUSAS ALEGADAS PARA DESARROLLAR EL PROYECTO.

Sabemos que la fábrica de loza fina de Quito se fundó antes de 1772, es decir mientras ocupaba la presidencia de la Real Audiencia don José Diguja (1767-1778), verdadero protector de los intentos de aquellos dos hombres, así como de otras muchas reformas llevadas a cabo en Quito; buen ejemplo de ello fue la reactivación del cobro de deudas fiscales, que a su llegada ascendían a medio millón de pesos. Cierto es, también, que este afán del presidente por sanear las deudas contraídas con el estado por los poderosos de la sociedad quiteña pudo haber sido uno de los motivos por los que los intentos de reactivación económica se malograrán en muchos aspectos, ya que parte del circulante no se pudo invertir en la producción de bienes, sino que fue utilizado en los citados fines fiscales.

La fábrica de loza tuvo visos de convertirse en una buena alternativa, en cierta medida, a la tradicional producción textil quiteña, ya obsoleta de acuerdo con los tiempos que corrían y cuya crisis, arrastrada desde muchas décadas antes, no presentaba visos de solución. Cierto es que el volumen de empleo de la nueva fábrica y sus posibilidades de facturación no podían sustituir a los obreros textiles, pero sí hubiera podido ser una forma de producción alternativa, que, con otras, hubiese ayudado a la reactivación y a sacar a Quito de aquella especie de monopolio monoexportador de manufacturas pañeras en que se había convertido a lo largo del siglo XVII y que ahora era una de las causas de su ruina. Sin embargo, y como ha sucedido casi siempre en los antiguos territorios quiteños de la sieña, ante las crisis, la población había reaccionado pretendiendo poner en marcha la explotación de la supuesta riqueza minera de su territorio, que ya Merisalde y Santisteban muy acertadamente había desmitificado¹¹.

No debemos tampoco olvidar el hacer un comentario sobre las actividades artísticas de la capital de la Audiencia -de las que no podemos separar la fábrica de loza-. Esas actividades fueron algunas de las que mejor reaccionaron ante la crisis. Las obras de los artistas y talleres quiteños, en el siglo XVIII, fueron exportadas a muchos lugares de América,

⁹ Las propiedades de las que disponía la Compañía de Jesús en la jurisdicción de Ibarra eran las siguientes: Santiago, Carpuela, Caldera, Chaluayaco, Concepción, Chamanal, Santa Lucía y Tumbabiro. Casi todas ellas se dedicaban al cultivo y procesado de la caña, amén de a la ganadería mayor y menor; para el trabajo y procesado de la caña, como era de esperar, los jesuitas contaban con un importante contingente de población negra esclava. En Otavalo las principales propiedades de los jesuitas eran las de Cotacache, Agualongo, Laguna de San Pablo, Cayambe y Cangagua; aquí las propiedades estaban dedicadas al cultivo de granos, ganadería y a los obreros.

¹⁰ MOLAS, Pedro, *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Régimen*, Cátedra, Madrid, 1985, p. 160.

¹¹ J. DE MERISALDE Y SANTISTEBAN, *Relación Histórica, Política y Moral de la ciudad de Cuenca*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1957, pp. 63-70.

tanto su pintura, como su escultura, e incluso su platería y sus trabajos en cuero y madera. Desgraciadamente, aunque las exportaciones de obras de arte fueron importantes, no existen todavía estudios completos sobre este aspecto del comercio y los beneficios que en realidad pudieron haber reportado. Este hecho, probablemente, no pasó desapercibido a los promotores de la fábrica de loza, que contaron para sus pretensiones con una buena cantera de artesanos y artistas para la producción de sus obras, especialmente los relacionados con la cerámica¹².

La fábrica de loza se instaló en Bellavista, fuera de la trama de la ciudad de Quito y cerca de la recolección franciscana de San Diego y de la mercedaria de El Tejar, que por entonces se hallaba en construcción.

Los inicios de la fábrica se deben a Sánchez Pareja, que, en el citado año de 1771, cuando dice haber acabado con sus obligaciones como funcionario del estanco del tabaco, decide lanzarse a la arriesgada empresa de la fábrica de lo que él llamó "loza fina", de la que no existía precedente en América. Ni siquiera en España se había contado con una fábrica de porcelanas hasta que Carlos III emprendió su construcción en el Buen Retiro de Madrid, en 1759, contando para ello con especialistas que había traído de Nápoles, de la factoría por él fundada en Capodimonte¹³. Probablemente Sánchez Pareja supo de aquella creación y quiso emularla haciendo algo parecido en Quito, donde la sociedad era ávida del consumo de porcelanas que llegaban tanto de China, como de Europa¹⁴. El proyecto no dejaba de ser ambicioso, sobre todo considerando que muchas de las fábricas europeas de porcelana funcionaban gracias a los auspicios que les prestaban los propios monarcas.

Su interés en aquella creación nos hace pensar que algo conocía el autor sobre el tema, sobre todo por los problemas que planteaba la elaboración de una porcelana fina, cuyas fórmulas, en Europa, se obtenían a menudo por un sistema de espionaje, en el que no estaban ausentes los secretos de alcoba. Lo cierto es que Sánchez Pareja arriesgó su pequeña fortuna en el intento y gastó 5.000 pesos sus fondos. Después de aquella inversión se hacía difícil para él mantener vivos sus proyectos, pues para una empresa de tal calibre era necesario el mantenimiento continuo de una investigación lenta con continuos ensayos de aciertos y errores para con ello ir obteniendo pequeñas cotas de éxito. Como suele ocurrir en estas ocasiones, el fundador, despreciado por sus conciudadanos quiteños y perseguido por sus acreedores, se vio obligado en 1772 a buscar un socio capitalista que le permitiese continuar con sus proyectos. Es entonces cuando aparece asociado a la nueva fábrica don Manuel Díez de la Peña. El nuevo socio, que corrió con la gestión de la empresa, mantenía al fundador con 4 pesos semanales, amén de las ayudas que le prestaban Diguja y los otros ministros de la Audiencia, los cuales valoraban muy positivamente su obra.

El que ambos hombres colaborasen en la continuación de aquel proyecto no parece extraño, puesto que el primero había sido interventor de la renta del tabaco y el segundo administrador general de la misma. En esas funciones burocráticas debieron conocerse y sentar su confianza el uno en el otro. Los intentos de Sánchez Pareja, por tanto, parece que atrajeron a Díez de la Peña y este último estuvo dispuesto a aportar su fortuna y formar una

¹² Es interesante en este sentido citar alguna bibliografía, como por ejemplo: NAVARRO, José Gabriel, *Escultura en el Ecuador (siglos XVI al XVIII)*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 1929, pp. 133-143; del mismo autor, *Artes plásticas ecuatorianas*, México, 1945; HOLM, Olaf, "La cerámica colonial en Ecuador (un ensayo preliminar)", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 16, Quito, 1970, pp. 265-278. IDROVO, Jaime y KENNEDY, Alexandra (coords.), *Cerámica colonial y vida cotidiana*, Fundación Paul Rivet, Cuenca, 1990. MORENO, Segundo y PEÑA, Jaime (coords.), *Historia de la cerámica en el Ecuador*, Fundación Paul Rivet, Cuenca, 1992.

¹³ Sobre la porcelana del Buen Retiro la obra de mayor interés es la tesis doctoral de la Dra. Sánchez Beltrán, leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1987. Esta autora nos ha hecho alguna sugerencias que desde aquí le agradecemos.

¹⁴ Buen ejemplo de esto lo encontramos en muchos inventarios y testamentos quiteños, incluso en restos de algunas colecciones que todavía se conservan en Quito, como la del Museo Jacinto Jijón Caamaño o las que reproduce PALMER, Gabrielle G., en su obra *Sculpture in the Kingdom of Quito*, University of New Mexico Press, Albuquerque (Nuevo México), 1987, p. 131.

compañía para que los ensayos siguiesen adelante.

Pero tampoco los 20.000 pesos de la fortuna del nuevo socio fueron suficientes para todo aquello y, aunque se consiguieron resultados muy positivos, la falta de más fondos hizo que se viesen amenazados de tener que abandonar sus pretensiones, a pesar de haber obtenido un material de gran calidad, del que no dudan obtener una loza que "sea apreciada por la mejor que haya en las naciones". Como casi siempre, y puesto que los particulares quiteños estaban siempre más empeñados en las tradicionales empresas textiles, mineras y agropecuarias, ni querían ni podían invertir en tan ambicioso proyecto; de hecho, los propios fabricantes advirtieron que necesitarían una cantidad de 30.000 ó 40.000 pesos y que en Quito no había nadie que pudiese aportar ni siquiera 10.000 de ellos, debido a la pobreza de la tierra. En esa situación la Corona resultaba casi la única tabla de salvación para el proyecto, además de que para ello contaban con el apoyo del presidente de la Audiencia e incluso con el del virrey de Santa Fe, Manuel Guirior. La solicitud se hacía en función de ampliar las oficinas, hornos y demás dependencias y útiles necesarios, pues el producto de las ventas -por la escasa inversión- ni siquiera servía para sufragar la necesidad de 300 ó 400 operarios. Las cantidades solicitadas al rey se sugirió por los fabricantes que saliesen de las Cajas de Quito y Santa Fe y de los caudales de temporalidades, con la condición de reintegrarlos en cuatro años con la producción de la fábrica. Lógicamente, para que el rey prestase su ayuda, había que ofrecer toda una serie de razones convincentes que moviesen el ánimo de Carlos III y sus ministros. Las razones que en uno u otro momento se contemplaron tuvieron un carácter muy diferente.

Lo primero que se consideró para obtener tales fondos fueron los aspectos económicos, pues no en vano era lo que más interesaba a los ministros de Carlos III, empeñados en recaudar cada vez más y poner al día las cuentas en los atrasos que en este sentido había en Quito y que conocía muy bien el presidente Diguja. Este, en su intento por reactivar la economía quiteña, no escatimaba esfuerzos y era por ello por lo que visitaba todos los días la factoría y se interesaba directamente por el progreso de la misma. Para presionar sobre el dictamen real, tanto los fundadores, como el presidente de Quito, como el virrey de Santa Fe alegaban que en aquellos reinos entraba mucha loza extranjera por El Callao, con lo que salían muchos caudales de los dominios españoles, además de la que llegaba de contrabando. Esa loza que se importaba -cuando no era de contrabando- entraba en los apartados de "mercería baja y alta de Europa", en que se incluían también los productos orientales, aunque tales denominaciones quedaron obsoletas en 1780 en que comenzaron a engrosar el grupo de productos denominados "efectos de Castilla". Lógicamente, una fábrica que fuera capaz de abastecer los mercados americanos, como pretendía ser la de Quito, reduciría mucho las importaciones de aquel tipo de objetos suntuarios y contribuiría a detener la desmonetización, ya que se pensaba en el abastecimiento de la ciudad de Lima y de otras localidades de su comarca, en el del reino de Chile y en el de toda la costa de Guatemala. Con ello se suponía que ya no entraría tanta mercancía extranjera.

Otra motivación que se esgrimía era de carácter laboral. La situación económica de Quito estaba condicionada en buena medida, como ya dijimos, por la crisis de la producción textil en sus territorios, principal fuente de ingresos hasta aquella centuria, lo que obviamente había conducido a un creciente desempleo en los grupos sociales menos favorecidos. Con la creación de la fábrica se pretendía paliar la desocupación laboral y, como expresamos, mejorar la situación económica por la que estaba atravesando la ciudad y los territorios circundantes. De hecho, ya en principio se necesitaba el dinero mencionado para invertir en una ampliación de la fábrica con el fin de que allí trabajasen 300 ó 400 operarios que se necesitaban, y que con el tiempo podrían llegar a ser unos 6.000 u 8.000, cifras estas últimas que nos parecen tremendamente exageradas. Sin embargo, en 1777 sólo contaban con el insuficiente número de 120 trabajadores, de los cuales varios eran escultores¹⁵. En este sentido se alegaba que en Quito había un importante contingente humano apto para aquellas tareas; y así Diguja

¹⁵ NAVARRO, José Gabriel, *Artes plásticas...*, p. 213 y VARGAS, José María, *Museo Jacinto Jijón...*, p. 79.

expresó que los naturales eran "habilísimos para toda suerte de manufacturas", cosa que habitualmente manifestaron muchos de los viajeros que pasaron por Quito durante los siglos XVIII y XIX. El quiteño parece que fue un buen imitador de las formas europeas o por lo menos gozó de fama de ello. Evidentemente, no había especialistas en el trabajo de la "porcelana", puesto que se presentaba como un nuevo arte, aunque si había una importante tradición cerámica y de tallistas acostumbrados a hacer pequeñas figuras para los nacimientos, tan propios del arte quiteño del siglo XVIII. Sin embargo, estos inicios no tienen nada que ver con los de las tradicionales fábricas europeas de porcelana y menos aún con la del Buen Retiro de Madrid, para la que Carlos III contó -como ya dijimos- con los artífices italianos que había traído a su corte desde Capodimonte, ello sin contar con la propia fortuna del monarca, empeñado en el desarrollo de aquella factoría.

A pesar de todo lo dicho y de la disposición de los dos grandes mandatarios de Quito y Santa Fe las ayudas no se materializaron en la medida en la que pretendían los socios fundadores. La única que se llegó a hacer efectiva fue la de carácter fiscal, ya que el virrey primero y luego el rey concedieron la exención de derechos en aquel reino para los productos de la fábrica, y ello solamente hasta que tomara cuerpo el consumo, tal y como lo comunicó Julián Arriaga al virrey de Santa Fe el 8 de noviembre de 1774. En la misma carta se dice también que el rey prometía recompensar la actividad de aquellos dos empresarios. En fin, que se les limitaron mucho las concesiones y también el mercado, además de que la prometida ayuda real nunca llegó a hacerse efectiva. No es de extrañar, por tanto, que en 1790 Juan Antonio Mon y Velarde dijese que en Quito no se había fomentado ningún ramo industrial para acabar con la decadencia económica de la Audiencia¹⁶.

EL PROCESO DE ELABORACION DE LA LOZA Y SU PRODUCCION¹⁷.

Afortunadamente la documentación de que disponemos nos da noticia sobre algunos aspectos de la fabricación de las piezas que se realizaron en la fábrica de Quito en los escasos años en los que funcionó, pero manteniendo muchos secretos, como era lógico en este tipo de actividad. También se conservan algunas piezas en algunos centros de la ciudad del Pichincha, que nos van a permitir hacer los análisis pertinentes, si ello fuese posible; así, tenemos algunos de esos ejemplos en el nacimiento del Carmen Bajo o en el Museo Jacinto Jijón y Caamaño de Quito; aunque también se pueden encontrar piezas en otros lugares como en el Museo del Monasterio de la Concepción de Cuenca.

La composición de la masa de la loza fina quiteña llevaba unos materiales llamados piedrópoli, jabonoli y esmalte. El piedrópoli era una piedra blanca y dura que se obtenía en Sibambe¹⁸, con él se conseguía el color blanco de la citada masa; era propio de aquellas latitudes y equivalía al petunsé de la China¹⁹. El jabonoli era una piedra más blanda que la

¹⁶ Archivo General de Indias, Quito 545. "Carta del presidente de la Audiencia al Sr. Valdés y Bazán".

¹⁷ Por el momento, y bajo otro punto de vista, nos hallamos empeñados en descifrar gran parte de la terminología que a continuación mencionaremos, pues resulta totalmente extraña para nosotros y para los especialistas en porcelanas y lozas, ya que se utilizan palabras inexistentes, incluso, en el vocabulario quiteño. Sobre tal vocabulario es interesante consultar la obra de SJÖMANN, Lena, Vasijas de barro. La cerámica popular en el Ecuador, Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, Cuenca, 1992, pp. 369-383.

¹⁸ Este pueblo pertenecía a la gobernación de Cuenca y se hallaba al oeste de Alausí, cerca de Chunchi. Para más información sobre él en el siglo XVIII puede verse MERISALDE Y SANTISTEBAN, Joaquín de, Relación Histórica..., pp. 61-62.

¹⁹ El petunsé es un feldespató menos descompuesto que el caolín, que durante la cochura se transforma en un cemento vítreo que aglutina las partículas de Caolín. MARTINEZ CAVIRO, Balbina, Porcelana del Buen Retiro. Escultura, Instituto Diego de Velázquez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1973, p. 11.

anterior y servía para dar nervio a la masa; su color era antado claro²⁰ y, además, resultaba glutinosa cuando estaba reducida a natas²¹; por tanto, podía sustituir al caolín como sustancia plástica y refractaria. El esmalte servía como unión de la masa; era una piedra arenisca blanca y dura, que se encontraba en un lugar cercano a la ciudad de Riobamba. Con todos esos datos que relaciona la documentación sabemos que la masa de la porcelana quiteña era blanquecina con una ligera tonalidad rojiza, o al menos lo llegó a ser en 1776. De los componentes utilizados para ella, sólo el jabonoli presentaba la mencionada tonalidad rojiza, lo que entra en contradicción con la aseveración de que aquella loza fina estaba elaborada con arcillas rojas²².

Todas esas piedras que hemos mencionado eran abundantes en los lugares en los que se encontraban y desde ellos se conducían a la fábrica de Quito en mulas. El piedrópoli y el esmalte se transportaban en trozos pequeños y sin beneficiar, pero el jabonoli, llevado en pedazos pequeños también, cuando llegaba ya se le había beneficiado para quitarle el antimonio y el azufre, elementos que resultaban muy nocivos en la composición de la masa.

Una vez en la fábrica, en morteros de piedras de cantera, se quebraban con mazos de hierro todos esos elementos por separado, reduciéndolos a polvo. Cuando ya se había obtenido éste, se pasaba por harneros²³ y se vaciaba en pellejos limpios; ese polvo se iba depositando en unos molinos que para tal propósito se habían inventado con el fin de moler cada piedra por separado para dejarla sin grano alguno; luego se vaciaba el material en unos noques²⁴ -siempre por separado- preparados para el efecto y que después se llenaban de agua limpia. Los materiales se batían con palas de buena madera y tras ello se dejaba reposar el agua mientras se precipitaba lo molido. Tras este proceso se iban sacando las natas con jarros y se pasaban por cedazos de lienzo fino a los fondos destinados para cada material, a donde se asentaban dichas natas. Posteriormente, el agua era vaciada cuando quedaba clara y el resultante se ponía a secar en tiestos de barro ordinario y sin vidriar. Esta operación se repetía tantas veces cuantas fuese necesario hasta dejar el material sin producto alguno que pudiese producir natas. Por último, las granzas que sobran se tiraban para que los noques pudiesen recibir más material, advirtiéndose que los pondos²⁵ que recibían las natas eran al modo de tinajas de barro ordinario sin vidriar para que pudiese destilarse fácilmente el agua; por otro lado, los noques eran de cal y ladrillo zulaqueado²⁶, a fin de que el material no se resumiese ni desperdiciase.

Secos del todo por separado los barros obtenidos se hacía la mezcla. Como ejemplo de las mezclas se cuenta que, por cada 100 libras de piedrópoli, se añadían 92 de jabonoli y 24 de esmalte. Todo ello debía ser mezclado a conciencia en una batea grande de madera, echándole agua para hacer la masa, que luego se distribuía en las diferentes oficinas de la

²⁰ El llamado "color antado" suponemos que es un color cobrizo, y que la palabra puede derivar de la quichua "anta", que significa "cobre".

²¹ "Las natas" son las películas que se forman en la superficie de los líquidos con las sustancias que se hallan en suspensión y que son de menor densidad que el líquido, por lo que tienden a flotar.

²² KENNEDY, Alexandra, "Apuntes sobre la arquitectura en tierra y cerámica en la colonia", en J. IDROVO y A. KENNEDY, *Cerámica Colonial...*, p. 57.

²³ El "arnero" es la denominación sincopada de harinero y denomina un utensilio que se utilizaba para cerner los materiales.

²⁴ El "noque" es un tipo de artesa.

²⁵ Esta palabra es típica del área ecuatoriana y se utiliza para denominar un tipo de tinaja en forma de cántaro, pero sin orejas. SJÖMANN, Lena, *Vasijas...*, p. 375.

²⁶ "Zulaquear" significa cubrir algo, utilizando para ello un tipo especial de pasta.

factoría para hacer las piezas de torno, prensa y escultura.

Pero con la elaboración de la masa no acababa el complicado proceso, pues no menos problemas planteaban los barnices a utilizar en la fabricación de piezas. En ese sentido hay que tener en cuenta el descubrimiento de la llamada "piedra resplandor", cuyo nombre se le puso en esa fábrica y sustituyó a la sosa y la barrilla²⁷ que se utilizaban en Europa y que servía para todos los barnices que se produjeron en la fábrica. Esa piedra se encontraba en la localidad de Baños y en otros lugares de la jurisdicción de Quito a orillas de los ríos. Se trataba de una piedra blanca y transparente, la cual era calcinada en la caldera de los hornos de cocer la loza durante seis horas; se hacía luego pedazos pequeños y se introducía en los demás materiales de que se componían los barnices. Por ejemplo, para el barniz blanco, por 25 libras de polvo de plomo se añadían cinco de estaño, 3 libras de arena blanca y 8 de piedra resplandor. Mezclados todos los elementos necesarios según fuese el color, se molían en el molino de los barnices y se pasaban por un cedazo delgado antes de barnizar las piezas. En 1781, para mejorar los barnices, se descubrió una nueva arena fina en la jurisdicción de Cuenca por Luis Guillén y Crespo, por lo que resultó premiado en una convocatoria que se había hecho en 1779 por el presidente de la Audiencia²⁸.

Técnicamente, el resultado final era una pasta bien cocida, de color anaranjado claro y un esmalte blanco de excelente calidad con una paleta decorativa rica en matices²⁹. En este sentido, como dice una especialista en estos temas, "cada color era un triunfo y una pequeña historia"³⁰. De ahí que algunos autores e incluso los propios artífices de la empresa no dudaran en comparar los éxitos técnicos obtenidos con el de las fábricas de porcelana de Europa. Aunque realmente la de Quito no es propiamente una porcelana, puesto que en ella esta ausente el caolín, material indispensable en tal producto; pero lo mismo ocurría con otras porcelanas europeas a las que se denomina "porcelanas tiernas", ya que eran más frágiles que aquellas hechas con caolín³¹, aunque la dureza de cada una dependía de los materiales que entraran en su composición. Pero tampoco la de Cuenca puede llamarse propiamente una "porcelana tierna", puesto que le faltaba un componente, aunque fuese sustitutivo, de los materiales que tradicionalmente se utilizaban en la elaboración de este producto.

De todo el proceso descrito se pueden inferir los afares y desvelos que consumieron los creadores de la fábrica, no solo por el trabajo exigido en el proceso de fabricación, sino porque hubo necesidad de descubrir los lugares en los que se pudieran extraer los productos utilizados y experimentar con ellos hasta llegar a la perfección de los barros y barnices. Pero, además de la problemática que presentaban materiales y mezclas, surgía por otra parte la de los diseños y moldeados, que necesitaban de personal muy especializado, al que sin duda tuvo que formar Sánchez Pareja, aunque para el moldeado contaba con buenos artífices en Quito que le debieron facilitar la labor, fueran éstos escultores o alfareros.

Las primeras piezas que se produjeron en la fábrica se remitieron a España en la fragata de guerra Nuestra Señora del Rosario para ser entregadas al presidente de la Contratación de Cádiz, el cual las debía manifestar al rey. Se pretendía con ello, como ya dijimos, que Carlos III auxiliase la obra emprendida. Los autores se las entregaron al presidente Diguja y este se las pasó a la máxima autoridad virreinal en Santa Fe para que las enviase a su destino. El virrey, a través de Pedro de Ureta, dio por recibido el envío y su traslado a la

²⁷ No entendemos muy bien la diferenciación que hace el documento entre "sosa" y "barrilla", puesto que esta última es una planta de la que se obtiene la sosa, que a su vez es un óxido de sodio muy cáustico.

²⁸ CHACON ZHAPAN, Juan, *La porcelana china*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, 1988, p. 7.

²⁹ BUYS, Josef, "La alfarería colonial", en MORENO, Segundo y PEÑA Jaime, (coords.), *Historia de la cerámica...*

³⁰ GOMEZ DE SEGURA, E., "El color en la porcelana", *Antiquaria* 22, Madrid, 1985, p. 32.

³¹ Ejemplos de porcelanas tiernas son las que en un primer momento se hicieron en el Buen Retiro, Sèvres y Capodimonte, entre otras.

Península, habiendo quedado gratamente sorprendido con aquellas primeras obras, que intento proteger librándolas de aranceles; y así, entretanto se manifestase la autoridad real, él mismo, para fomentar la fábrica quiteña, pidió que en aquel virreinato sus piezas circularan libres de todo derecho.

Las piezas fueron enviadas a España, donde se acusó su recibo en el año 1774. Aquél primer lote estaba compuesto por las siguientes obras:

- Una cafetera con su tapa y asas color café y oro.
- Dos cafeteras pequeñas sin asas.
- Dos pozuelos en café y oro.
- Una taza pequeña color Pompadour³² con oro.
- Otra taza pequeña en blanco y azul.
- Otra taza pequeña en celeste con oro.
- Un perrito sobre su peñasco color celeste con oro.
- Una taza marmoleada sin asas.

Como se puede apreciar por esta primera tanda de obras enviadas a la Península, predominaban los útiles de mesa y apenas un pequeño ejemplo de pieza decorativa. Tampoco el colorido parece muy variado, predominando los dorados. Sin embargo, había una gran satisfacción por los resultados obtenidos, y el presidente Diguja ya adelantaba en 1774 que la loza y los barnices estaban teniendo unos progresos tan notorios que no habría otra porcelana que la excediese en Europa.

Parece que las previsiones del presidente Diguja sobre los futuros logros técnicos de la fábrica se cumplieron, pues el 16 de abril de 1777 informaba al ministro de Indias -José de Gálvez- diciendo que de las primeras operaciones de la fábrica resultaron piezas delicadas y un solo barniz, como las que se le habían enviado al rey a través de la máxima autoridad virreinal en 1773. Pero después de aquello los fundadores de la fábrica habían seguido experimentando con materiales equivalentes a los usados en este lado del Atlántico, tras lo que se consiguió un material "en la solidez, delicadeza y variedad de barnices, superior a todas las de Europa". Decía el presidente que los autores del proyecto ya disponían de todos los barnices del Viejo Continente, más algunos que en Europa no se conocían, como el negro, aceituna, anteaado y otros -sólo el rojo reconocían los promotores del proyecto que no eran capaces de obtenerlo, pues les salía veteado-. Alegaba Diguja que del mismo barro se hacían tantas esculturas primorosas cuantas se querían. Pero el problema seguía siendo la inversión de capital, una vez que, como dijimos, los fundadores ya habían gastado cada uno el suyo. Por ello en la fábrica se veían condicionados a trabajar en un solo horno, pequeño, incapaz de proveer la más corta población y con muy pocos operarios, puesto que ya no había medios materiales.

Producto de aquellas pretensiones de ayuda fue un segundo envío de piezas al rey, de nuevo a través del virrey de Santa Fe. Al monarca se le remitían además ejemplares de las piedras utilizadas, especialmente de piedra resplandor, para que fuesen examinadas en la Real Fábrica de Porcelana del Retiro y en la de cristales de Balsain. Se solicitaba además que las piezas remitidas se enseñasen a los embajadores en la Corte, incluso se pedía que el propio rey enviase cualquier diseño que creyese conveniente para que fuese realizado en Quito. Las piezas que esta vez se enviaron desde la ciudad del Pichincha iban el 22 cajones y eran las siguientes:

-Cajón nº 1. Un Santo Cristo, una pastorcita, dos animalitos, tres macetitas con flores y frutas, cuatroloritos, un niño dormido, dos pozuelos para café dorados al fuego, cuatro canastitas de flores y frutas, una azafate.

-Cajón nº 2. Un retrato de bulto del rey, un durazno, dos doguitos.

³² Es probable que este color sea el azul tradicional de Sèvres.

- Cajón nº 3. Un Hércules, una figura pequeña, dos lebreles, un ternero, un pajarito, una macetita con flores y frutas, dos cabos de cuchillo, veinte animalitos.
- Cajón nº 4. Un pastor, dos toros, un ternero, 26 animalitos, dos ramitos.
- Cajón nº 5. Una pastora, tres figuritas, un "chirriclé", 30 animalitos.
- Cajón nº 6. Un pastor, un loro, dos lebreles, 11 figuritas, 11 animalitos.
- Cajón nº 7. Un gaitero, dos caballos, un camellito, un galgo, cuatro macetitas con flores y frutas, cinco animalitos.
- Cajón nº 8. Un elefante con una figura montada, una pelea de caballitos, tres vacas con sus crías, un lebrél, tres saleritos, tres animalitos, una taza paracaldo, dos tazas para café.
- Cajón nº 9. Tres risquitos, tres chirriclés, una llama.
- Cajón nº 10. Cuatro figuritas³³.
- Cajón nº 11. Dos toros, dos loros, una pavita, una mula, una dama quiteña, un San Francisco Javier, dosterneritos, un leñn, un dogo, tres lebreles, dostortolitas, dos loritos, 13 animalitos.
- Cajón nº 12. Una Concepción, un san Jerónimo, cuatro pajaritos.
- Cajón nº 13. Diez pozuelos, dos saleritos, una tacita de café, seis tazas para caldo.
- Cajón nº 14. Tres pasos pequeños para nacimiento, una cornucopia, dos pajaritos, un venado, dos leones, unamula, un gato, una ovejita, dos pavitas, dos llamas, una salsera, un limón.
- Cajón nº 15. Dos macetas medianas con flores y frutas, una gama, un toro, un dogo, una pelea de pigmeos, unazafatito con pescados, dos azafatitos dorados alfuego, dos macetitas con flores y frutas, un cabo decuchillo.
- Cajón nº 16. Un tigre, un oso, una doguita, una mancerina, un platillo con frutas, dos azafatitos conpuntas, un platillo para dulce, una bandejita.
- Cajón nº 17. Dos jarritas, tres platos trinchantes, una bandeja, un platillo para dulce, dos azafatitos con puntas, una salsera.
- Cajón nº 18. Una medalla con el retrato del rey, cuatro canastitas con flores y frutas.
- Cajón nº 20³⁴. Cuatro macetitas con flores y frutas.
- Cajón nº 21. Tenía tres divisiones que contenían piedrópoli, jabololi y esmalte.
- Cajón nº 22. Un san Cristóbal, dos mulitas, un caballo, dos mampuches³⁵, una tortólita, un leoncito, una llama.

Pero para que el desarrollo de la fábrica pudiese dar sus frutos los promotores presentaron una serie de peticiones al rey el 30 de abril de 1778. Lo primero que planteaban era el evitar una burocracia innecesaria, para lo que rogaban que el gobernador de Quito fuese el único juez de los individuos de la factoría, a la vez que protector y conservador de ella; que a los oficiales se les ligase con juramento a no descubrir los secretos de la fábrica ni a abandonarla sin causa legítima³⁶; que los dueños de los terrenos donde hubiese materiales necesarios para la fábrica no pusiesen trabas para su explotación; que los arrieros conductores de materiales para la fábrica no fuesen obligados a transportar bagajes de las milicias o de los correos; que las aguas del lugar de Bellavista, donde se ubicaba el centro productor, no pudiesen ser desviadas; que los trabajadores ladrones o embriagados pudiesen ser castigados

³³ Probablemente se trataba de "Las cuatro partes del mundo", de que habla en uno de los documentos el presidente Diguja, de las que dice que son "dignas de todo aprecio" y que no se harían iguales en ninguna fábrica de Europa. Archivo General de Indias, Quito 377, "Informe de don José Diguja a don José de Gálvez. 16 de abril de 1777.

³⁴ Falta la descripción del contenido del cajón nº 19.

³⁵ Puede tratarse de monigotes o de figuras rechonchas.

³⁶ Esta petición no tenía nada de extraño, pues era bastante común en las fábricas de porcelana de Europa el deseo de mantener los secretos de la fabricación y de las continuas investigaciones que en este sentido se realizaban.

por el director con cárcel local; que se hiciese forzoso el pagar a los trabajadores en géneros para evitar que se endeudasen; y, por último, que quienes allí desarrollaban su labor no pudiesen ser nombrados priostes o mayordomos de las parroquias para evitar los excesos que solían generarse de estos cargos.

El 20 de junio de 1778 el rey ordenó al nuevo presidente de Quito, León y Pizarro, que protegiese la fábrica y auxiliase a sus promotores, aunque pidió que se limitase la producción a objetos útiles.

Pronto comprenderían los promotores que sus peticiones iban a servir para poco. Uno de los golpes definitivos para el progreso de la fábrica le debió dar la promulgación del reglamento de libre comercio, el 12 de octubre de 1778, lo que aceleró la entrada de manufacturas europeas en los territorios quiteños con unas ventajas con las que no podían competir aquellos artífices. Por otro lado, no hay que perder de vista la protegida fábrica del Buen Retiro de Madrid, coincidiendo con la dirección al frente de ella de Carlos Schepers (1770-1783), en que para hacerla rentable no sólo se pensó en dedicarla al abastecimiento real, sino que iba a producir también objetos para comercializar, especialmente de carácter decorativo, por lo que el rey, aún permitiendo el funcionamiento de la factoría quiteña, limitada su producción -como ya dijimos- a objetos de utilidad doméstica. No es fácil que entonces se permitiera un competidor a la Real Fábrica y, por ello, tras el segundo envío de piezas desde Quito, Carlos III mantuvo una postura ambigua. El 2 de junio de 1778 se manifestó que el rey no estaba dispuesto a conceder ni las gracias ni el dinero que se le habían solicitado, pero sí que se encargase al regente de Quito de la protección de aquel centro productivo. Además, el 20 de junio de 1778 previno al regente que se hiciesen piezas dedicadas al consumo y abasto de los ciudadanos y sus casas, pero que no hiciesen figuras ni otros muebles que se calificaron de "inútiles", ya que según él las enviadas fueron halladas defectuosas en el barro y en los colores. Todo, a pesar de que el virrey de Santa Fe y los miembros de la Audiencia, con su antiguo presidente Diguja al frente, habían defendido incondicionalmente aquel proyecto reactivador de la economía quiteña. Lo mismo habían hecho el Cabildo de Quito, el 12 de octubre de 1776, y el guardián de la vecina recoleta franciscana de San Diego, Manuel de Corrales. Este último aprovechó su carta de apoyo para solicitar algunas doctrinas para su convento, de las que ya tenían otros franciscanos, para que con las limosnas obtenidas por ellas se pudiese mantener la recolección³⁷.

A la fábrica de Quito la competencia no sólo le venía del exterior de los territorios de la Audiencia, sino que también le surgieron competidores en el interior; y así, el descubridor en 1781 de una arena especial para el barniz de la de Quito, Luis Guillén y Crespo, pretendió crear otra fabriquilla en la ciudad de Cuenca, después de que con su ayudante Bernardo Sarmiento hubiese hallado aquel material que el definía como de "superior calidad, muy semejante al de la loza de China en blancura, transparencia y solidez"³⁸.

Con la llegada del presidente León y Pizarro, y a pesar de algunas aparentes medidas de protección, como dijimos, la fábrica comenzó a agonizar y en 1788 se cerró definitivamente. Nicolás de la Peña, hijo de uno de los fundadores, acabó vendiéndola a Ramón Galbán y Arcelus en 3.287 pesos y seis reales y medio³⁹. Con ello finalizaba un breve proceso de reactivación para la decrepita economía de Quito, con unas expectativas que iban más allá de las meras pretensiones de desarrollo minero, agropecuario o textil.

³⁷ Este prior estaba dolido por haberse permitido la construcción de la recoleta mercedaria de El Tejar cerca de la franciscana de San Diego, ya que ello le restaba limosnas a su centro.

³⁸ KENNEDY; Alexandra, "Apuntes sobre arquitectura...", p. 59.

³⁹ VARGAS, José María, Museo Jacinto Jijón..., p. 80. El precio, de todos modos, no parece excesivo a juzgar por la superficie que debió ocupar la fábrica y los precios que de las casas nos ofrece LUCENA SALMORAL, Manuel, "La ciudad de Quito hacia mil ochocientos", Anuario de Estudios Americanos 51-1, Sevilla, 1994, pp. 147-148.